

CRONICA INTERNACIONAL

I

EN nuestra anterior Crónica dejamos a los Estados que se han arrogado la representación del Occidente con las espadas en alto frente a Egipto, también colocado en idéntica actitud, en parte por comprensibles razones de dignidad nacional y en parte bajo la impresión de estar respaldado por algún invisible coloso contumaz en el papel de atizar las rivalidades ajenas para sacar partido de ellas. Pero la tragedia no se consumó inmediatamente —es decir, al concluir el trimestre a que correspondía dicha crónica— porque estaba en marcha una operación diplomática de alcance confuso, la Conferencia de Londres, en la que participaban muchos países ante los que había que guardar ciertos modales; por otra parte, ya se ha visto que había también que consumir cierto tiempo en ultimar una serie de preparativos entre los que figuraba una intención que no por lógica atraía el cálculo de los observadores: la de Israel, atento siempre a desembarazarse de sus rivales — y vecinos — árabes, aprovechando cualquier oportunidad, por grave que fuera. La Conferencia de Londres —la inicial, la de los «veintitrés», en la que Egipto participó, aun sin ser miembro de ella— debatió el problema tal como estaba planteado, esto es, la situación creada por la nacionalización de la Compañía concesionaria de las obras del Canal, con sus posibles derivaciones sobre el futuro régimen del mismo: tarifas, otras condiciones de uso y, finalmente, discrecionalidad y discriminación ejercidas por la nueva Compañía, y tras de ella por Egipto, al margen del Convenio vigente —aunque no aplicado en todas sus cláusulas ni en todas las ocasiones— de 1888. Al menos eso era lo que dijeron los convocadores a los invitados. Como la legitimidad de la nacionalización en sí era difícil de discutir y la de sus condiciones era materia para un arbitraje o decisión jurisdiccional

del Tribunal de La Haya, y no para una Conferencia política, se cargó el acento en los posibles peligros derivados de la medida. En seguida se vió que había participantes dispuestos a hacer sólo política —«su» política o la de los intereses predominantes en ellos— y otros dispuestos a buscar una solución constructiva y definitiva. De un lado, las convocadoras —Inglaterra y Francia— y del otro Rusia, es decir, la U. R. S. S., estaban en el primer grupo, aunque los soviets adoptaron una actitud razonable inicialmente — hasta el punto de coincidir con los Estados Unidos — frente a los deseos anglofranceses de que los reunidos respaldaran sus pretensiones. Nos cabe la satisfacción de que España adoptara una actitud netamente constructiva, y además tan razonable que difería de las otras fórmulas, preconizando un «equilibrio de intereses» bajo la triple base de respetar la soberanía egipcia, y con ella la nacionalización, la libertad e igualdad internacionales de uso y de actualizar el Convenio de 1888. Fórmula que podrá ser útil si alguna vez el sentido común prevalece ante los escarmentados países que hayan pretendido imponer sus criterios unilaterales cosechando quebrantos. El bloque mayoritario (los «diez y siete», con la adhesión condicional de España) preconizó el empleo de una Asociación Internacional de Usuarios (S. C. U. A.) frente al bloque oriental de los «cinco» que preconizaron una nueva Conferencia para deliberar sobre bases egipcias. La segunda Conferencia de Londres dió vida sobre el papel a la S. C. U. A. despojada de ciertas pretensiones inadmisibles (como la de monopolizar la gestión de los servicios del Canal, incluso actuando coactivamente). Y ya no hubo más por este camino, cerrado por el repudio de la fórmula de los «diez y siete» por Nasser, y sobre todo abandonado por Inglaterra y Francia al llegar la paralización internacional que a los Estados Unidos le producen sus frecuentes elecciones generales y las presidenciales. Contando con esa paralización —y en secreto con una victoria de su aliado Stevenson, derrotado precisamente por la indignación que al electorado yanqui produjo la actuación anglogala — ultimaron con Israel el ataque conjunto a Egipto y dando al traste con todos los convencionalismos impuestos en la vida diplomática desde hace mucho tiempo desencadenaron el ataque. Los tres agresores coincidían en una sola cosa negativa: derribar a Nasser. Aparte de ello, Inglaterra e Israel iban cada uno a por lo suyo: por el Canal, la primera —pesarosa de

haberlo evacuado —, y a romper el cerco árabe y pescar alguna ganancia el segundo. Francia creyó ir a por Argelia, empeñada en buscarla a orillas del Nilo y no en el Mediterráneo occidental. El mundo se enteró con horror del fabuloso desprecio a tantas solemnes promesas de tres «democracias» —*at home*—, y lo que es peor, de cómo los rusos aprovechaban la oportunidad para apiastar la liberación interna y espontánea del primero y más heroico pueblo subyugado que se alzase: Hungría, víctima de asesinos y cómplices, de alguno de los cuales se dijo que tenía un pacto secreto con los asesinos. Y por supuesto que para que no faltara un detalle en la agresión, se emplearon las armas obtenidas para la defensa de Europa.

M

La guerra en Egipto produjo grandes sorpresas, pese a su brevedad y, a falta de decisión militar, acarrió importantes consecuencias diplomáticas que desquiciaron el precario equilibrio del Oriente Próximo y Medio. El ejército israelita, ayudado por los aviones galos, arrolló en el Sinaí a Egipto y permitió con ello que Ben Gurión aspirara a la franja de Gaza, al Sinaí —o parte de la península— y a algunas isletas sobre el Rojo, aparte de obtener mediante un Tratado de paz la consagración de la existencia de Israel. En cambio, los ejércitos anglofranceses no arrollaron al egipcio: arruinaron urbes y mataron por miles a no combatientes (sólo en Port-Said unos tres mil), pero todas sus «conquistas» se limitaron al trozo norte del Canal hasta antes de Alcántara (una cuarta parte del total). Tan estrepitoso fracaso les obligó a aceptar la intervención de la ONU, sin abandonar los proyectos de un segundo empujón —si hay resquicio— o de otras maniobras. Pero la guerra demostró lo desigual y en general ineficaz de las alianzas y solidaridades árabes: sólo Siria, volando oleoductos, y Libia en su modesto campo respaldaron a Egipto. En los demás países, voces plañideras, ruptura con uno o los dos agresores y amenazas pasivas. Israel debió de respirar hondo al contemplar ese panorama. Que poco a poco fué cambiando, pues Jordania —dando cumplimiento a los deseos de la mayoría de su opinión expresada en sus elecciones generales— se alejó de la órbita inglesa y rompió el Tratado de alianza de 1948, alineándose al

lado de Siria y Egipto. Hasta los países orientales del Pacto de Bagdad decidieron prescindir en sus futuras reuniones de la presencia indeseable de Inglaterra, y Turquía retiró su embajada de Jerusalén. La reacción británica habrá de consistir en azuzar al Irak contra Siria y luego a otros vecinos entre sí.

III

La ONU no podía permanecer ajena a un conflicto de tanta magnitud. Anulada la acción del órgano llamado, según la Carta de San Francisco, a actuar —el Consejo de Seguridad— por el *veto* de las culpables, tuvo que improvisar la Asamblea una actuación a la que nadie podrá negar el éxito inicial de haber paralizado el conflicto, permitiendo que el tiempo y las realidades lo solucionen. Bajo la presión mayoritaria de los dos bloques afroasiático e hispanoamericano (con alguna lamentable abstención, como la de Portugal, fiel a su alianza inglesa), impuso primero un alto el fuego; luego la intervención de una fuerza de policía internacional que separara a los contendientes y guarneciera el teatro de la lucha; después, la gestión de su secretario para la limpieza del Canal. De mala gana, y ante una seria advertencia estadounidense sobre los suministros de petróleo —que el «triumfo» anglofrancés mermó a ambos países y a los demás inocentes—, poco a poco fueron abandonándose actitudes obstinadas y abortando las réplicas contraproducentes (como la expulsión de extranjeros de Egipto), progresándose lentamente por el camino del apaciguamiento, sin el cual no puede haber soluciones negociadas, es decir, solución a secas. Al margen de la ONU hubo, por supuesto, muchas negociaciones y maniobras bilaterales, directas y secretas. Una pésima impresión dejó en todo el mundo la actitud enredadora de la U. R. S. S., cristalizada alrededor de amenazas de intervención —que por desgracia más impresionaron a Inglaterra y Francia que otras razones más estimables— por muchos medios, entre ellos el envío de «voluntarios».

En contraste, la actitud del bloque de Bandung acreditó una saludable independencia, gran objetividad y madurez diplomática. Por primera vez, la India y Estados Unidos colaboraron en un espíritu de concordia internacional, que de mantenerse podrá ser muy útil

en el futuro de las relaciones entre Oriente y Occidente. Otras muchas actitudes sensatas se manifestaron. Nos cabe la satisfacción de que la española mereciera generales elogios y que además de puntualizar los verdaderos términos de los problemas recordara algunas facetas de otras cuestiones conexas y olvidadas. Como la de los Santos Lugares, en grave peligro, caso de conflicto, para los que Martín Artajo pidió un Estatuto internacional respetuoso con las soberanías afectadas y con todas las creencias, convirtiéndolos en «Tierra de todos» en vez de «Tierra de nadie», combinando las autoridades internacionales de origen compuesto con las particulares para cada comunidad interesada.

IV

El conflicto de Suez-Sinaí, con su coetáneo de Hungría, acapararon la atención universal, oscureciendo los demás, en general preexistentes antes del período que examinamos, aunque ofreciendo siempre facetas nuevas, si bien no originales ni imprevistas. Así, en el Magreb, el secuestro en aviones de una Compañía nominalmente marroquí y pilotados por franceses al servicio teórico de Marruecos de los cinco jefes nacionalistas argelinos, que incautamente se creyeron seguros por ser huéspedes del Sultán de Marruecos, que los llevaba a Túnez con ocasión de su visita al Beylicato para discutir el común problema argelino. Manteniendo su tónica de debilidad ante Francia, el gobierno marroquí (reorganizado tras del incidente) se limitó a protestas ineficaces, coreadas por las masas enfurecidas de Mequínez. Más útil pareció la gestión marroquí en Wáshington, con motivo de la intervención en la Asamblea de la ONU de la delegación marroquí, una vez ingresado dicho Estado, a la vez que Túnez y Sudán, para buscar un «padrino financiero» menos oneroso que Francia. Y por cierto que pese a la abundancia de promesas de Mollet y Lacoste, a lo expedito de la lucha genocídica desplegada contra la insurgencia argelina, el «golpe» francés —los «golpes», incluyendo el de Suez— no pacificaron a Argelia. Un paso más hacia el inevitable desenlace significaron las ofertas de Mollet —siempre razonables, siempre retrasadas y siempre en contradicción con las realidades—, mientras Burguiba pedía en la ONU que la fórmula

aplicada en el Canal se aplicara a Argelia, «policíandola» internacionalmente hasta que se llegara a un acuerdo. Túnez, pese al conservadurismo de su gobierno, disconforme con Nasser, adoptó una actitud más decidida que Marruecos ante la contumacia francesa, obteniendo ventajas. En fin, para que todo fueran tropiezos del equipo social-imperialista de París en el Magreb, las condiciones impuestas a Libia para evacuar el Fezzan —condiciones que «apestaban a petróleo»— la enzarzaron en una nueva polémica de repercusión internacional.

V

Por contraste con el Oriente Próximo y Medio, el Lejano pareció aquietado. Los chinos de Pekín prosiguieron sus visitas diplomáticas (a Nueva Delhi, la más importante) y dieron publicidad a sus intentos de resolver el problema de Formosa «a la china», es decir, mediante algún sorprendente *volte face* de los jefes insulares. Hubo disturbios en el Viet-Nam del Norte y en Singapur, de signo contrario (aquéllos, campesinos y anticomunistas; éstos, chinos-obreros y antiingleses), así como luchas entre bandos chinos rivales en Hong-Kong. Alarma en la frontera entre las dos Coreas. Forcejeos y amenazas en torno a la Constituyente indonesia (donde se produjo una coalición «antimasjuni») y una nueva imposición de fuerza del poder central pakistaní en el Este del país, en difícil situación. Pero el acontecimiento más importante fué, sin duda, el Tratado de paz de la U. R. S. S. y Japón concertado en Moscú mediante la visita de Hatoyama y bajo la fórmula (aplicada a Alemania en 1954) de «acuerdo preliminar». Japón no consiguió las Kuriles del Sur —aunque sí la promesa de obtener las Habomais y Shikotan— y su absolución del deber de pagar reparaciones fué forzada. En cambio, la promesa de devolución de los prisioneros llenó de júbilo al pueblo nipón. Sobre todo liquidó otro de los eslabones de su derrota, situándole en posición de negociar con la china roja, con vistas a la perenne ansia japonesa: conquistar parte de los mercados del continente asiático perdidos desde 1945 —ó 1937— para obtener una mejor base económica a su difícil equilibrio de país superpoblado, comprimido en sus salidas demográficas, industrializado, sin mercados suficientes y con materias primas escasas

que ha de completar mediante exportaciones problemáticas. Si la gestión de los gobernantes nipones no es brillante ni representa una panacea para los agudos problemas del país, es todo lo eficaz que las circunstancias les permiten, y a pesar de sus dificultades actuales no es arduo augurar que el Imperio del Sol Naciente volverá a jugar en fecha no muy remota un importante papel en los asuntos orientales que los demás Estados habrán de tener en cuenta, les guste o no, en sus respectivas políticas.

VI

Las restantes novedades que examinamos y la casi totalidad de los acontecimientos en el Africa Subsahariana o Negra y en el Pacífico tienen una significación más bien interior o localizada que nos releva de su examen, que queda hecho en otras Crónicas. Baste decir que el mundo negro — en la débil medida en que tiene existencia diplomática— ha estado con el oriental en la ONU. De los Dominios, mientras que Sudáfrica se ha abstenido (como Canadá), los dos del Pacífico han firmado en la reducida minoría anglo-franco-israelí. Y por supuesto que los tres Dominios asiáticos votaron con el bloque afroasiático y Ceylán amenazó con separarse de la *Commonwealth* si prosigue como hasta ahora la actitud de la ex metrópoli.

Por lo que a España se refiere, y aparte de las intervenciones en Londres y Nueva York, que quedan registradas, anotamos el viaje del Ministro español de Asuntos Exteriores a Ankara, que sirvió para poner de manifiesto lo sólido de la amistad hispanoturca. En realidad y pese a la «conspiración del silencio» de los maniobreros que defienden sus injustos privilegios, todos ellos poco amigos de España, nuestro país prosigue su buen camino internacional, bien claro y estimulante en lo que se refiere a Africa y Oriente.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

5 de diciembre de 1956.